

donde rechazó ásperamente los intentos que allí hicieron los cardenales Fiesco y Lionello da Carpi, para mover al Papa á entablar con Francia negociaciones diplomáticas (1). En Ancona embarcóse Julio II en un buque, haciéndose á la vela con la mayor celeridad posible hacia Rímini (2), y desde allí, siguiendo la antigua Vía Emilia, adelantó intrépidamente, á pesar de las torrenciales lluvias, hasta Cesena. El primer maestro de ceremonias, Paris de Grassis, que acompañaba á Julio II, refiere: «Cuando las gentes veían á nuestra expedición caminar con semejantes temporales, reíanse en vez de acudir, como era debido, á saludar con aplauso al Papa. Aun cuando el día siguiente llovió con no menor fuerza, continuó sin embargo Julio II hacia Forlì, hasta donde le acompañó la lluvia incesantemente.» Allí no hizo sino pernoctar y salió inmediatamente para Bolonia á donde llegó el 22 de Septiembre. En todos los lugares del camino, sus moradores proporcionaron muy copiosamente al hospedaje de la comitiva pontificia, y por orden del Papa se distribuyeron las provisiones sobrantes entre los monasterios y los pobres (3).

Ya en su acelerado viaje había Julio II recibido nuevas que le llenaron de solicitud. De Verona llegó la mala noticia de que amenazaba fracasar la empresa contra Génova. En la misma Bolonia halló á los habitantes por extremo descontentos con el gobierno del legado Alidosi; todo lo cual contribuía á abatir profundamente al Papa, que precisamente por entonces estaba fatigado por la fiebre; mas habiendo llegado luego mejores noti-

fechado en Roma á 19 de Mayo de 1510, se alaba la fidelidad de las autoridades, y se les asegura, que él (el Papa) tiene aliados tan poderosos, que no teme nada. Todos estos *breves se hallan en el *Archivo público de Bolonia*, Q, lib. V.

(1) Sanuto, XI, 336. Brosch, Julius II, 209.

(2) Desde aquí, Julio II envió á Michiel Claudio, obispo de Monópoli, á Venecia, y á la verdad, como nuncio permanente. V. Sanuto, XI, 449. Pieper, *Nuntiaturen*, 37 s.

(3) Paris de Grassis, ed. Frati, 191 s. Bernardi, II, 308. Cf. Fantì, Imola, 24. Gozzadini, *Alcuni avvenimenti*, VII, 169, pone por error, al 20, la entrada en Bolonia. También las *Acta consist. indican el 22; acerca del recibimiento, se lee aquí: magno apparatu receptus. Por un *breve, fechado en Pesaro á 15 de Septiembre de 1510, Julio II había anunciado su llegada á los boloñeses, y enviado dos comisarios para preparar todo lo necesario. *Archivo público de Bolonia*, Q, lib. 5. En 19 de Septiembre de 1510, el Papa dirigió á Perugia una carta de acción de gracias por el socorro de 400 hombres, prometido contra Ferrara. *Archivo de la ciudad de Perugia* y Cod. C, IV, 1 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

ticias, se mejoraba en seguida, no perdiendo el ánimo ni por un instante, ni aun cuando se entendió ser ya cosa indudable lo del plan de concilio de los franceses (1), y los suizos, que habían llegado ya á Chiasso, abandonaron súbitamente la campaña por efecto de las intrigas de los franceses é imperiales (2). Pero la peor de las noticias recibióla el Papa á 17 de Octubre, después de haber nombrado, á 30 de Septiembre, abanderado de la Iglesia al marqués de Mantua (3), y fulminado, á 14 de Octubre, la excomunión contra los capitanes del ejército francés (4). En el día citado llegó de Francia la nueva de que los cardenales Carvajal, Francisco de Borja, Briçonnet, Renato de Prie y Sanseverino, en vez de dirigirse á Bolonia, conforme al mandamiento del Papa, se habían encaminado por Florencia y Pavía á Milán, donde se hallaba acampado el enemigo. Descontentos por varios motivos de Julio II y su política, y llenos de ardiente ambición de la dignidad suprema (5), resolvieron aquellos aseglarados príncipes de la Iglesia, convertirse en instrumento de los planes políticos del monarca francés, el cual, por medio de la deposición del Papa, pensaba poder realizar su proyecto de enseñorearse de Italia. A las amenazas conciliares del rey de Francia se agregaba, pues, un cisma dentro del Sacro Colegio (6). Respecto de los cardenales franceses, ya

(1) Cf. Corp. dipl. Portug. I, 133.

(2) Sanuto, XI, 425, 427, 455, 457, 466. Cf. la relación del embajador de Portugal, escrita desde Roma, el 15 de Octubre de 1510, en el Corp. dipl. Portug. I, 133. El éxito inesperado de la «campaña de Chiasso» de los suizos (cf. Dierauer, 405), puso al Papa en el más alto grado de excitación, como lo muestra su *breve de 30 de Septiembre de 1510. Este breve ha sido publicado en los *Eidgenöss. Abschieden*, III, 2, 519-520 y en alemán, por Anshelm, III, 229-231. Esto se les ha escapado á Tommasini, Machiavelli, I, 704-705, que lo ha publicado de nuevo, y Creighton, IV, 120. El texto latino desconocido de Fuchs, II, 200, de la carta de los confederados, escrita desde Lucerna el 14 de Septiembre de 1510, á la que es respuesta el breve, se halla en el Cod. Regin. 557, f. 115^b de la *Biblioteca Vaticana*.

(3) Paris de Grassis, ed. Frati, 195. Sanuto XI, 486. Cf. Luzio, F. Gonzaga, 8, quien demuestra que fué el Papa quien libró de la prisión al marqués.

(4) Raynald, 1510, n. 16.

(5) Cf. el juicio de Morone en las *Miscell. d. storia patria* II, 179.

(6) Paris de Grassis, ed. Frati, 197. El principio de la tirantez de relaciones entre Julio II y Carvajal data desde que éste dió libertad á César Borja (cf. arriba p. 175); más tarde, Carvajal se había tomado toda suerte de libertades; con todo, el Papa trató con la mayor circunspección á un hombre de tantas cualidades, aunque apasionado y ambicioso; continuó otorgándole honrosas comisiones y ricos beneficios (cf. Rossbach, Carvajal, 84, 89-90). También

antes había estado el Papa cuidadoso; pero sorprendióle, aunque en ninguna manera le desanimó, ver que los dos españoles, principalmente Carvajal, que gozaba de gran prestigio, se juntaban con los franceses.

En aquel momento crítico, en el cual se imponía una suma prudencia, cometió el Papa la perniciosa falta de dejarse engañar completamente por el cardenal legado Alidosi. Este prelado, codicioso y mundano en grado sumo, había sido acusado por sus enemigos de los más feos vicios (si con razón ó sin ella, dejamos á otros que lo investiguen) (1). Alidosi había oprimido terriblemente á los boloñeses, y se había hecho asimismo sospechoso de conspirar en favor de Francia (2); por lo cual el duque de Urbino le mandó prender como reo de alta traición, y á 7 de Octubre le hizo llevar encadenado desde Módena á Bolonia. Ya pensaban los boloñeses que el preso pagaría sus delitos con la vida; pero, sin embargo, Alidosi, hombre de índole extraordinariamente astuta y lisonjera, logró en la primera conversación enredar tan enteramente al Papa que, no sólo obtuvo ser inmediatamente puesto en libertad, sino muy poco después (á 18 de Octubre) fué asimismo elevado á la Silla episcopal de Bolonia (3). Ya meditaban los boloñeses, sumamente irritados por ello, manifestar con los hechos su exasperación, cuando se presentó súbitamente el ejército francés al mando del poco antes excomulgado Chaumont (4), ante las puertas de la ciudad, muy insuficientemente guarnecida de tropas (unos 900 hombres). Con los franceses venían los Bentivoglio sedientos de venganza. «Entonces, dice Paris de Grassis, acudió el pueblo á las armas, no para defender al Legado ó al Papa, sino su propia libertad (5).

ahora fueron aún tratados con mucha indulgencia Carvajal y F. Borja; v. Guicciardini, l. c.

(1) Cf. la indagación que ha hecho Fantí, Imola, 10 s., á la que ciertamente ningún escritor moderno ha prestado la debida atención; v. también abajo p. 266, not. 2.

(2) Cf. Paris de Grassis, ed. Frati, 199. Cf. Sanuto IX, 253 y Gozzadini, *Alcuni avvenimenti* VII, 171 s.

(3) Los contemporáneos no pudieron explicarse absolutamente estos sucesos. Cf. las sospechas de Paris de Grassis, ed. Frati, 201.

(4) La bula de excomuni6n de 14 de Octubre de 1510, se halla en el Bull. Rom., ed. Luxemb. X, 12-14. Cf. Raynald, 1510, n. 16, *Lettres de Louis XII*. I, 282 y Hergenr6ther VIII, 426 s.

(5) El texto de Paris de Grassis, tal como lo trae Raynald (*populus arma capit pro pontificis tutelaque sua*) es enteramente err6neo. La lecci6n que

Alidosi, por su parte, sólo tom6 providencias acerca de su seguridad personal, diciendo paladinamente, que armaba sus gentes, no contra los franceses, sino contra la furia del pueblo de Bolonia.

Lo apurado de la situaci6n y la confusi6n general se aument6 todavía considerablemente, por cuanto el Papa, sucumbiendo al peso de sus emociones y cuidados, enferm6 de una grave fiebre, segun lo habían predicho los astr6logos (1), y ya comenzaba á tratarse seriamente acerca de una nueva elecci6n pontificia (2). En estas circunstancias fué cuando Julio II perdi6 por un momento su ánimo, siempre hasta entonces inquebrantable. A 19 de Octubre hizo llamar á los embajadores venecianos y les declar6, que si las tropas de la Rep6blica no pasaban el P6 dentro del t6rmino de veinticuatro horas, ajustarí a un convenio con Chaumont. El embajador veneciano refiere, de qué manera en la siguiente noche se revolvía Julio II en su lecho, sin poder dormir, y en el delirio de su fiebre hablaba de preferir una muerte voluntaria á verse prisionero de los franceses (3). Cuando amaneci6 la mañana del 20 de Octubre y cedi6 la fiebre, el enfermo volvi6 en sí con una celeridad que demuestra las extraordinarias energías de su ánimo; y oyendo que el pueblo armado invocaba constantemente

admite Frati, 201, no da enteramente ningún sentido. El texto exacto se halla en la edici6n de D6llinger, 394, y es el siguiente: *Populus arma capit non utique pro legato nec tam pro pontificis tutela quam sua ipsorum defensione.*

(1) Cf. la relaci6n del embajador de Portugal en el Corp. dipl. Portug. I, 133.

(2) Paris de Grassis, ed. Frati, 204. Cf. Brosch, *Julius II*, 350 s.

(3) Cf. las relaciones del embajador veneciano, publicadas en extracto por Sanuto XI. Refiérese en ellas al 26 de Septiembre, que el Papa está en cama con terzanella (p. 467): en el 2 de Octubre se lee, que el Papa tiene calenturas: *li medicí dubita non si buti in quartana* (p. 494); en el 18 de Octubre: *il papa à pur febre, quasi ogni giorno uno pocho, e como l'ha qualche bona nova, l'ha mancho, e come l' à cativa, el sta in letto* (p. 546); en el 19 de Octubre: *Declaraci6n á los embajadores venecianos* (p. 546 s.); en el 20 de Octubre: *Concluy6se un ajuste con Francia. El papa è in letto con la febre; se cree indudablemente que morirá. Tutta questa notte il papa rasonando diceva: Morirò, morirò, orsù, voglio morir! Poi diceva: Andarò presone de' Francesi, de' Francesi! Questo non serà vero. Torò il veneno da mi, torò il veneno al tutto! E cussi tutta questa notte su queste pratiche ha rabiato, non à mai dormito tutta questa notte* (p. 548-550). Las palabras aquí alegadas las pondera mucho Brosch, *Julius II*, 202, segun su costumbre, pero pasa en silencio, que el embajador que cita esas palabras, dice expresamente que el Papa tenía una fiebre tan intensa, que parecía cierto haber de morir. La palabra *rabiato* indica también una turbaci6n mental, por lo cual, Creighton habla con raz6n de un delirio.

su nombre, saltó del lecho donde yacía enfermo, y se hizo llevar á un balcón del palacio, desde donde dió la bendición al pueblo, cuyos sentimientos se había ya conciliado el día anterior mediante una serie de concesiones. Paris de Grassis refiere, como testigo ocular, de qué manera el Papa, después de haber dado la bendición, cruzó las manos sobre el pecho, como en ademán de confiar á aquel pueblo su persona y su honor. Esto excitó una profunda emoción en la muchedumbre, la cual prorrumpió en una verdadera tempestad de aplausos, prometiendo al Papa salir con un solo corazón al encuentro del enemigo. Altamente satisfecho se hizo el Papa volver á llevar á su cama, diciendo á los que le rodeaban: «Ahora hemos vencido á los franceses» (1).

Julio II podía entregarse á tales esperanzas con tanto mayor razón, cuanto que el capitán general de los franceses, en lugar de adelantar osadamente, había entablado negociaciones diplomáticas (2); y así perdió un tiempo precioso, durante el cual llegaron á Bolonia tropas auxiliares venecianas y españolas; y como se hizo sentir muy pronto la falta de mantenimientos en el campo francés, situado junto al Reno á tres millas de la ciudad, y asimismo los rigurosos temporales fatigaban grandemente á los soldados, vióse obligado el ejército francés á retirarse á Castelfranco. Julio II, que por entonces había roto las negociaciones con Chaumont, ardía en deseos de ver á los suyos lanzarse inmediatamente sobre los enemigos que se retiraban con lentitud, saqueando la comarca. Y como esto no sucedía, la excitación del ánimo produjo al Papa, á 24 de Octubre, una peligrosa recaída. Ya se temía el peor desenlace; pero su férrea naturaleza venció entonces una vez más. Luego á los dos días comenzó á hallarse mejor, y á los cuatro se había desvanecido el peligro de muerte. Sin embargo, la convalecencia se dilató, por no atender el Papa al cuidado de su salud y quebrantar arbitrariamente las prescripciones de los médicos. Por efecto de esto, su estado sufría continuas alternativas. «La naturaleza del Papa, escribía á 25 de Noviembre el embajador veneciano, es tal, que con sólo que se cuidara cuatro días podría abandonar el lecho» (3).

(1) Paris de Grassis, ed. Frati, 202, 203; cf. 333. Sanuto XI, 551 s.

(2) Semper, Carpi, 7. Sobre los motivos de la conducta de Chaumont, cf. Havemann II, 346.

(3) Sanuto XI, 634. Sobre las fases de la enfermedad y el proceder de Ju-

En vez de atender á su salud, pensaba Julio II noche y día en conquistar á Ferrara y expulsar á los franceses, y asimismo mandó redactar una carta encíclica á los príncipes cristianos, en la cual se quejaba de Luis XII, quien, criminalmente sediento de la sangre del Romano Pontífice, había hecho avanzar su ejército contra Bolonia. El Papa declaraba que, en ningún caso volvería á prestar oídos á negociación alguna, si antes no se le entregaba la ciudad de Ferrara. Con redoblado fervor urgía á los venecianos para que juntaran su ejército con el del Papa y comenzaran el cerco de la mencionada ciudad; pero la impaciencia del Papa fué todavía sometida á una nueva prueba. Verdad es que se realizó la unión del ejército pontificio con el veneciano; pero ambos aguardaron entonces inútilmente al marqués de Mantua, y al mismo tiempo sufrió una derrota la escuadra veneciana (1). A 11 de Diciembre había Julio II nombrado al cardenal Marcos Vigerio Legado del ejército pontificio, y ocho días después recibió la noticia de haber sido felizmente conquistada Concordia (2). Según la relación de su maestro de ceremonias, á 15 de Diciembre se hallaba hasta tal punto restablecido de la fiebre, que pudo salir de la casa de su amigo Julio Malvezzi, donde había estado desde el 6 de Noviembre, y restituirse á su palacio. En su exterior llamaba la atención un cambio; pues durante su enfermedad se había dejado crecer la barba (3). Finalmente, en la Nochebuena, pudo Julio II volver á celebrar la misa, bien que sentado y en su capilla privada. El día de San Esteban quiso asistir á la solemnidad religiosa de la catedral; pero hubo de renunciar á aquel

lio II, cf. 554, 556, 568, 569, 583, 586, 601, 603, 633, 642, 668; Paris de Grassis, ed. Frati, 204 ss., y *Lettres de Carondelet*, 101.

(1) Guicciardini IX, c. 3.

(2) Paris de Grassis, ed. Frati, 211 s. Cf. Sanuto XI, 681, 689, y Gozzadini, *Alcuni avvenimenti VII*, 184.

(3) Paris de Grassis, ed. Frati, 213, 241. Un cronista boloñés (citado por Gozzadini, l. c. 182) refiere: *Portava la barba per vendicarsi et diceva che non la voleva più rasar per insino a tanto che non aveva anco fuera scazato el re Ludovico de Franza d'Italia. Una cosa análoga dice Petrus Martyr, Lib. XXIV, ep. 451. Cf. también Luzio, F. Gonzaga, 65. Hacía siglos que ningún Papa había llevado barba, y en el conclave del año 1455 se había hecho valer contra Bessarión, su barba oriental (v. nuestras indicaciones vol. II, p. 328). En general, sobre el gastar barba en la época del Renacimiento, cf. Müntz, *Hist. de l'Art III*, 156 s.); pero «era muy propio y conveniente que Julio II fuese el primero que usase esta señal de fuerza varonil». Gregorovius, *Grabdenkmäler*, 124. V. también Novaes VI, 136; Klaczko, 285, y Maulde la Clavière, *Femmes*, 503 s.*

proyecto, por la mucha nieve y otro ligero acceso de la calentura (1). Con esto fué tanto mayor el asombro de todos cuando, á 29 de Diciembre, declaró el Papa á los que le rodeaban, su intento de tomar parte personalmente en la campaña contra Mirándola, que era la llave de Ferrara; para ver por qué motivo se dirigían sus tropas tan lentamente contra el enemigo, á pesar de todos sus mandatos. Y aun cuando todos se lo disuadían, así cardenales como prelados, boloñeses como curiales, y en los primeros momentos aun los mismos embajadores venecianos, Julio II perseveró inflexible en su resolución. Sólo mediante su presencia personal, creía poder inutilizar los artificios de aquellos que hasta entonces habían estorbado secretamente la realización de sus proyectos (2).

A 2 de Enero del año de 1511, presencié el mundo el desacostumbrado espectáculo de un anciano de 67 años que, sin respeto á su salud ni á su dignidad pontificia, y á pesar de los rigurosos fríos del invierno, se dirigía al ejército que estaba sitiando á Mirándola. En su comitiva se hallaban los cardenales Isvalies, Aragona y Cornaro, y el célebre arquitecto Bramante (3). El general asombro no reconoció límites, y se revela manifiestamente en las relaciones del embajador de Venecia, Jerónimo Lippomano, el cual se había unido á la comitiva pontificia. «Julio II, escribe dicho diplomático á 6 de Enero, se ha presentado contra la expectación de todos. Está más que nunca lleno de hostilidad contra los franceses. Según toda apariencia, se halla de nuevo enteramente restablecido; anda de acá para allá, contempla desde el balcón los remolinos de la nieve, sin temor del viento ni de la lluvia: tiene una naturaleza de gigante. Ayer y hoy ha nevado sin cesar, de suerte que la nieve llega casi hasta las cinchas de los caballos; y con todo eso continúa el Papa en el campamento. Acontecen grandes cosas, con harto provecho de nuestra República. Las personas que rodean al Papa, las cuales no tienen interés ninguno por Italia, sino sólo por sus ventajas pecuniarias, quisieran de buena gana dar la vuelta á Roma; pero en vano; Julio II no descansa ni piensa sino

(1) Paris de Grassis, ed. Frati, 223.

(2) Sanuto XI, 712 s., 719. Lettres de Carondelet, 105. De una relación portuguesa de 15 de Octubre de 1510, se saca, que el Papa había ya declarado en otoño la intención de ir personalmente á la guerra. Corp. dipl. Portug. I, 133.

(3) Cf. Semper, Carpi, 8.

acerca de Mirándola, y habla de ello hasta la saciedad.» (1) En un despacho del siguiente día, se dice: «El Papa ha pasado hoy revista á las tropas, en medio de los campos de nieve; su corazón y su ánimo son extraordinarios, pero los suyos no le secundan.» Con frecuencia ponía esto fuera de sí á aquel espíritu de fuego, y le hacía increpar con las más vehementes palabras á los caudillos de sus tropas, espoleando en todas partes á los remisos para que se activaran (2).

Al principio había establecido Julio II su habitación en una casa de labranza; después de abiertas las baterías, se había retirado á Concordia; pero su impaciencia era tan grande, que luego á los pocos días regresó de nuevo para establecer su cuartel junto á las mismas baterías, en el monasterio de Santa Justina, que se hallaba todavía más cerca de la fortaleza que aquella otra casa de labranza. Los que le rodeaban, no acababan de volver en sí de asombro por tan inaudito espectáculo: «Su Santidad habita en la cocina del monasterio, escribía á su ciudad el veneciano Paulo Capello á 13 de Enero; yo vivo en una cuadra de caballos, abierta y tal, que en otras ocasiones se tendría por demasiado mala para la servidumbre; pero ahora parece de tanta estima, que aun los cardenales Cornaro y Aragona han solicitado se les dejara. El tiempo es horrible; hoy ha reinado durante todo el día un violento temporal de nieve, y á pesar de todo eso el Papa ha salido; tiene una salud y naturaleza casi sobrehumanas, y no parece sino que nada sufre.» «Es cosa que debe ponerse en todos los libros de historia, dice el embajador de Venecia Lippomano al cardenal Alidosi, el cual había venido asimismo al campamento; que un Papa haya salido á campaña apenas convalecido, en Enero y con tanta nieve y frío. Los ríos están congelados y hace un invierno de los más

(1) Sanuto XI, 722-723; cf. 721. V. también los interesantes despachos del embajador de Mantua, publicados por Luzio, F. Gonzaga, 65 s. Cf. Paris de Grassis, ed. Frati, 225; Grumello, 134 s.; Carpesanus V, n. 2, y Cardo, 19. Sobre el rigor extraordinario del invierno de 1511, cf. Landucci, 306 y Cambi XXI, 251, quien se escandaliza con razón que el Papa saliese á campaña. La «armadura de Julio II» (que aun hoy se conserva en el Vaticano) probablemente no es auténtica, pues ningún contemporáneo hace mención de ella. El exterior del Papa en ese tiempo está representado con terrible naturalidad en el cuadro de un pintor desconocido, que se conserva en el palacio Bruschi de Corneto; de él ha sido el primero en sacar una copia Klaczko, Jules II, 280.

(2) Sanuto XI, 724, 725, 726; cf. 729, 730, 731, 732, 740. V. además los despachos del embajador de Mantua, citados por Luzio, F. Gonzaga, 66, y la relación del embajador de Orvieto, publicada por Fumi, Carteggio, 134-135.

cruces.» Una relación del 17 de Enero anuncia, que en dicho día pegó una bala de cañón en el cuarto del Papa, el cual se hallaba á la sazón durmiendo, é hirió á dos de sus servidores. Julio II se mudó entonces á la habitación del cardenal Isvalies; pero como también daban allí las balas, se restituyó á su primera morada, por más que sus familiares emplearon todos los medios para estorbárselo. «El Papa, escribe el embajador veneciano, muestra un ánimo extraordinario, y está ardiendo en impaciencia por avanzar contra Ferrara.» La tenacidad de los defensores de Mirándola le producía tan grande irritación, que reprendía con las más vehementes palabras á los capitanes de sus tropas, y hablaba de entregar la ciudad al saqueo (1). Mas como luego á 20 de Enero hubiera finalmente capitulado la fortaleza, lograron las personas que rodeaban al Papa, inclinarle á conceder más blandas condiciones. Su impaciencia por entrar en la plaza conquistada era tan grande, que no aguardó á que se despejaran las puertas atrincheradas, sino ascendió por la brecha, por una escala de madera. Luego al día siguiente declaró su voluntad de dirigirse entonces asimismo personalmente contra Ferrara, y entregó la fortaleza conquistada al conde Juan Francisco Pico (2).

El conocimiento de las dificultades de continuar la campaña contra Ferrara, movió á Julio II á entablar negociaciones con el duque Alfonso, para resolverle á apartarse de su alianza con los franceses; y además intentó separar á Maximiliano de Luis XII, entregando á los imperiales la ciudad de Módena (3); pero habiendo el duque rehusado rotundamente las proposiciones del Papa, hubo necesidad de continuar la guerra.

Durante algún tiempo había pensado Julio II seguir dirigiendo la campaña personalmente; pero las reflexiones de sus familiares, y el temor de volverse á exponer al peligro de caer prisionero de

(1) Sanuto XI, 740, 741, 743, 744, 746, 747, 750, 755. Cf. Gozzadini, *Alcuni avvenimenti VII*, 197 s.; *Mem. della Mirandola II*, 179 s., 183, y *Balan, Assedii della Mirandola* 12 s., 14. Julio II regaló esta bala de cañón al santuario de Loreto, donde aún se conserva en nuestros días. Cf. *Bernardi II*, 396; *Gozzadini l. c. VII*, 198, y *Tursellinus* 169 sq.

(2) Sanuto XI, 760, 763, 765, 766, 770, 772, 773, 776, 778, 787. Cf. *Luzio. F. Gonzaga* 66. *Mem. della Mirandola II*, 185 s. *Balan, Assedii della Mirandola* 15 s. *Cardo* 19. *Gozzadini, Alcuni avvenimenti VII*, 200 s., donde se trata en particular del anillo que Julio II regaló á los habitantes de la Mirandola (ahora se halla en el museo de Módena).

(3) Por Enero de 1511, v. *Sandonini, Modena*, 141.

los franceses, le movieron á retirarse por de pronto á Bolonia, y reunir allí mayor número de tropas. Habiendo esta retirada hacia Bolonia (6, 7 de Febrero) animado inmediatamente á los franceses á un nuevo avance, Julio II se dirigió luego el 11 de Febrero, por Ímola, á Ravenna, con el fin de hacer atacar á Ferrara por aquel lado (1). En Ravenna, á donde llegó el Papa el 18 de Febrero, procedió el 10 de Marzo á una nueva creación de cardenales «para defenderse contra los cardenales cismáticos y cumplir con sus obligaciones respecto de diferentes Potencias» (2). Dos de los nombrados eran ultramontanos: el inglés Bainbridge y el suizo Mateo Schinner; y los otros seis italianos: Antonio Ciochi, arzobispo de Siponto; Pedro Accolti de Arezzo, obispo de Ancona; Aquiles de Grassis, de Bolonia; Francisco Argentino, de Venecia; Bandinello Sauli, de Génova, y Alfonso Petrucci, de Sena.

El Sacro Colegio se había opuesto con vehemencia al nuevo nombramiento; pero como ya lo había previsto el embajador veneciano, Julio II acabó por imponerle su voluntad. El mismo embajador refiere, que una parte de los cardenales hubieron de pagar su nueva dignidad con grandes sumas de dinero. El nombramiento de Grassis se hizo evidentemente por consideración á los boloñeses; y el cardenal inglés Bainbridge fué nombrado capitán general de las tropas, cosa que excitó gran sorpresa (3).

Además de los ocho nombrados, quedó todavía otro cardenal *in petto*; es á saber: el confidente de Maximiliano, *Mateo Lang*, obispo de Gurk, quien cabalmente entonces se presentó como representante de su Señor, en Mantua, donde se hallaron además los delegados de Francia, Inglaterra y España, para ofrecer proposiciones pacíficas.

Julio II quiso negociar personalmente con Lang, y no siendo posible hacer al representante imperial un recibimiento digno en la pequeña ciudad de Ravenna, el Papa, que se hallaba sumamente disgustado por la manera remisa como dirigían la guerra sus ca-

(1) *Paris de Grassis, ed Frati* 234 ss. y *Sanuto XI*, 795, 800, 801, 805, 813, 821, 831, 832, 838, 843. *Fumi, Carteggio* 138, 139, 140-141. *Fanti, Imola* 24-25. Cf. *Brosch, Julius II*, 216 ss. El día de su partida, Julio II escribió á M. Lang, que viniese á encontrarse con él; v. *Lettres de Louis XII*, II, 112-113.

(2) *Gregorovius VIII*^o, 68. — Sobre el nombramiento de cardenales, cf. *Paris de Grassis, ed. Frati* 242 s.; *Bernardi II*, 318 s.; *Le Glay I*, 388; *Fumi Carteggio* 143, 145 hasta 146; *Cardella* 340 s. y **Acta consist. f. 28. Archivo consistorial del Vaticano.*

(3) *Sanuto XII*, 25, 55-56, 69, 87 s. *Paris de Grassis, ed Frati* 251.